



**Pedro Antonio de Alarcón**

## **Si yo tuviera cien millones...**

- I -

¡Ay de mí! ¡Hace muy cerca de veintisiete años que corro desaladamente por este valle de lágrimas que llamamos Tierra, buscando, como si se me hubieran perdido antes de nacer, cinco millones de duros del reinado de Fernando VII, o sea cien millones de reales!

Creo inútil decir que todavía no los he encontrado, ni (lo que es peor) se me alcanza la manera de dar con ellos. Yo no espero grandes herencias; yo he perdido siempre que he jugado; yo no sirvo para el comercio ni para otros negocios; yo no creo en que el metal sale de las minas; acabáronse los tiempos de los grandes piratas descritos por Fenimore Cooper, Walter Scott y Lord Byron (profesión que me hubiera convenido); yo no espero ser nunca... nada, ni, caso que fuera...algo, me agradaría estafar a mi país; yo, en fin, no tengo paciencia para buscar tesoros en alcazabas morunas o en cementerios judíos... Comprenderéis, pues, que no abrigue ni la más remota esperanza de encontrar los dichos cien millones.

No ocultaré, sin embargo, que muchas veces me han pasado (y todavía temo que vuelvan a pasarme)... por la imaginación... dos ideas o

proyectos, además de los citados, que quizá hubieran podido..., que acaso podrían.... que tal vez podrán... proporcionarme aquella suma, dentro del círculo de mis peculiares circunstancias...

Estos proyectos o ideas son del tenor siguiente:

- II -

Consiste el primero en dirigirme a uno de esos infinitos lores o banqueros ingleses, solterones, viejos, hipocondríacos, aburridos, excéntricos, que poseen, cuando menos, ochocientos o novecientos mil millones de libras esterlinas, y decirle éstas o semejantes palabras:

«Señor: vos tenéis setenta años de edad y un caudal inmenso.

»Carecéis de hijos que os hereden y de tiempo y ocasión en que gozar de todos vuestros tesoros.

»Desprendiéndoos de cien millones de reales quedaríais aún tan poderosamente rico que no conoceríais en nada la insignificante merma que habríais hecho en el océano de oro que surca el pobre bajel de vuestra vida.

»Podríais seguir con los mismos palacios, con los mismos trenes, con la misma servidumbre, con la misma mesa y con la misma cama que tenéis hoy.

»¡Nada perderíais, absolutamente nada; como el Océano no pierde parte apreciable de su poderío, ni tiene que rectificar sus fronteras cuando extraemos de él una o veinte toneladas de agua!

»En cambio, dándome esos cien millones, ganaríais muchas cosas que hoy no poseéis, muchos placeres que nunca habéis sentido, una jerarquía a que no habéis llegado y aquella paz del alma que le falta a vuestra existencia.

»Ganaríais respeto entre los buenos, cariño verdadero y gratitud profunda en mi corazón, ufanía de vos mismo a vuestros propios ojos, y títulos meritorios ante la misericordia divina.

»Tendría en mí un hijo y una familia en la mía; familia e hijo sumamente respetuosos y amantes (y además muy desinteresados), que no se alegrarían de vuestra muerte, sino que la llorarían de todas veras; dado que, habiéndoos heredado en vida, ningún legado esperarían ya en vuestro testamento.

»Viviríais oyendo nuestras bendiciones...

»Moriríais acompañado de nuestro amor...

»Mis hijos y los hijos de mis hijos adornarían de flores vuestra

sepultura, como la del bienhechor de su estirpe...

»Tendríais defensores mientras estuviérais en este mundo, y gente que rogase e intercediese por vos cuando estuviérais en el otro.

»Y todo esto, os lo repito, desinteresadamente; pues el interés pasado no se llama interés, tiene un nombre más bello y santo: se llama gratitud.

»E interés futuro, ninguno, absolutamente ninguno nos llevaríamos respecto de vos, supuesto que (os lo juro por la salvación de mi alma), si me dierais esos cien millones, nunca, jamás, volveríamos a pedir nada, ni admitiríamos recompensa alguna por los obsequios, por las atenciones, por los cuidados que os dispensaríamos continuamente.

»Ahora bien (y prescindiendo de vos por un momento): este gran negocio que os propongo (que ya sería muy grande para vos, aunque no se tratará de mí, que soy bueno, aunque se tratara del más ingrato de los hombres, pues ningún alma grande cobra la usura de la gratitud cuando hace una buena obra); este grandísimo negocio, repito, adquiere doble y triple importancia tratándose de una persona como yo.

»Yo soy bueno, vuelvo a deciros; pero mis bellas dotes no son únicamente de corazón, son también de inteligencia...

»Y he aquí por qué me apresuro a aconsejaros que, una vez convencido (como espero que os convencíais) de lo mucho que os acomoda desprenderos de cien millones, me preferíais a mí entre los muchos necesitados que conoceréis y aun quizá estimaréis en el mundo. ¡Convenientísimo os sería siempre dar a cualquiera esa pequeña suma; pero dármela a mí os acomoda mucho más!

»Sí, señor; yo brillo por las grandes cualidades de corazón y de inteligencia... para gastar dinero, para hacerlo lucir, para estirar una onza... como suele decirse.

»Yo me jacto (y a justo título) de conocer perfectamente la vida y las cosas de la vida; de distinguir los placeres legítimos de los falsificados; de discernir claramente en materia de afectos y creencias; de no confundir lo positivo con lo ilusorio, tomando por positivo lo material y pasajero, o por ilusorio lo ideal, lo poético, el sacro imperio del alma; de no trocar los frenos en punto a lo que es divino y a lo que es humano, y de saber apreciar los inconvenientes de ciertas alegrías y las ventajas de ciertos dolores... ¡Yo soy filósofo!

»Yo sé dónde está la verdadera miseria, digna de solícitos socorros; cuáles son los mejores platos y los mejores vinos, los mejores cigarros y el mejor café; qué sastre es el más hábil; qué virtudes merecen recompensa; qué mujeres resultan más encantadoras; qué poetas y qué sabios necesitan protección; qué muebles son los más cómodos; qué trenes los más

bonitos; qué libros los que no tengo y qué clase de vida la más provechosa para el cuerpo y para el alma.. ¡Yo soy artista!

»Yo tengo hecho, en fin, mi presupuesto de gastos...

»Sólo me falta el de ingresos.

»Yo tengo estudiadas a las mil maravillas todas mis necesidades...

»Sólo me falta dinero para satisfacerlas.

»No sería yo, ciertamente, uno de esos hombres a quienes estorban los millones para ser personas decentes. No sería yo ese becerro de oro que patrocina el mal gusto, que levanta edificios abigarrados, que afea y vulgariza cuanto toca. No sería yo como el mayorazgo calavera que gasta su patrimonio en proteger neciamente el vicio, en fomentar locamente el mal. No sería yo como el insensato pródigo que vive en perpetuo escándalo, pagando comilonas a vagos y parásitos que se ríen de él y lo arruinan. No sería yo como el vil avaro, solterón, egoísta, que pasa la vida contando su dinero, lleno de privaciones y de zozobras, para que el mejor día la portera de su casa se lo encuentre muerto en un miserable catre de tijera y cargue con las onzas de oro que él ha colocado en simétricos cartuchos. No sería yo como el desatentado jugador, ni como el imbécil domador de bailarinas; ni tampoco como el sandio especulador que, pudiendo llevar una vida sosegada, lleva una vida de perros con tal de doblar un capital que, después de doble, no puede retribuirle los afanes ni el tiempo que le ha costado doblarlo...

»¡Oh! No; yo no sería nada de eso.

»Yo gastaría mi dinero como filósofo, como artista, como cristiano. Procuraría ante todo estar en paz con mi alma, y que mi alma estuviera también en paz con Dios: protegería el mérito; premiaría la virtud (no en públicos certámenes); socorrería la miseria; fomentaría, en fin, las ciencias, las artes y la literatura. ¡Cada onza mía dejaría un rastro luminoso en la historia del género humano!

»¡Cuántas grandes obras se realizarían bajo mis auspicios! ¡Qué preciosidades artísticas adornarían mis salones! ¡Hasta la fachada de mi palacio sería un monumento público, un recreo para todos, una página para la civilización, una ufanía para mi siglo!

»¡Y cuántas familias haría yo felices! ¡Cuántos genios ignorados sacaría yo a luz!... ¡Yo, que conozco tantos y tantos que sólo necesitan veinte duros para brillar!...

»¡Qué viajes tan útiles y tan aprovechados haríamos juntos! ¡Cómo emplearía en el bien la influencia que mis cien millones me darían cerca del Gobierno! ¡Qué periódico tan independiente fundaría, que dijese la verdad al público! ¡Cuántas feas me deberían su dote, su casamiento y su

felicidad! ¡Qué conciertos, qué comidas, qué reuniones literarias, qué concursos, qué torneos, qué de maravillas habría en mi casa!

»¡Oh, señor inglés! ¡Oh, señor lord! ¡Oh, señor banquero!... Os veo conmovido...- continuaría yo exclamando.- ¡La verdad de mis palabras ha lucido ante vuestros ojos! ¡Vos mismo no habéis podido menos de asombraros al pensar en el ruido, en la gloria, en el provecho que podrían dar al mundo esos cien millones que duermen en vuestra arca, inútiles, mudos, empolvados, envilecidos en ocio abominable! ¡Vos mismo os habéis espantado del inmenso poder que adquiere el dinero en unas manos como las mías! ¡Vos acabáis de recordar aquella gran frase de un filósofo: La prueba del poco aprecio que da Dios al dinero está en la clase de gente a quien se lo otorga a manos llenas! ¡Vos, en fin, sentís ya remordimientos de haber sido hasta aquí tan estérilmente rico, de no haberme conocido antes, de no haber adivinado mi existencia, de no haberme dado esos cien millones... no bien puse los pies en vuestra casa!»

Ahí tenéis mi primera idea.

¡Creo que es magnífica!

Yo, por lo menos, juro que, si me viera en el caso del inglés antes descrito; si fuera él y se me presentase un joven como yo y me dirigiese una arenga semejante a la que acabáis de oír... le entregaría sin vacilar los cien millones...

¡Se los entregaría, sí! ¡Lo juro por lo más sagrado!

Pues bien; varias veces he consultado esa idea con hombres de mucho mundo y de grandísima experiencia, y todos me han aconsejado...«que no vaya a Londres, si no quiero perder el dinero del viaje».

Es decir, que mis consejeros opinan que el inglés no haría caso de mi arenga, y que desde luego me tomaría por loco.

¡Es decir (y aquí necesito ya hacer uso de las admiraciones), que mi colosal idea sería desoída o befada y despreciada, como lo fue mucho tiempo la de Colón, como lo fue la de Galileo, como lo es la de Montemayor!

¡Es decir, que el mundo seguirá siempre sordo a la voz del genio, ciego a la luz de la verdad, insensible a los rayos de la inspiración!!!

Después de desahogarme a mis anchas con tales o parecidas exclamaciones, consideré oportuno, al cabo de algún tiempo, renunciar a tan sencilla idea, y di cabida a esta otra que no me pareció menos feliz y peregrina.

- III -

- Pepe...-dije un día a cierto José que tiene mucho talento, pero que

necesita otros cien millones de reales: -Pepe, ¡eureka!

- ¿Cómo? ¿Qué has encontrado?

- ¡Los cien millones de reales!

- ¡Son partibles!- exclamó Pepe.

- No es necesario...- repliqué yo.- Te regalo otros ciento.

- ¡Esto es serio!- repuso Pepe, acercando su silla a la mía.-  
Explícame tu idea.

- ¡Es una idea de primer orden!...

- Veámosla en seguida.

- Atiende y la sabrás.- ¿Cuántos habitantes tendrá la Tierra?

- Yo creo que tendrá de novecientos a mil millones...

- Me contento con que la habiten ochocientos cincuenta millones de seres humanos... ¡Yo necesito buscar el modo de que cada uno de ellos me dé un cuarto! Conseguido esto, heme ya poseedor de cien trillones de reales.

- Exactamente...- respondió mi amigo.- Has echado bien la cuenta.

- ¡Nadie me llamará ambicioso! ¡No hay tan pobre que no tire diariamente un cuarto, ni padre que no te dé por su hijo, si se trata de procurarle alguna cosa muy necesaria!- Ahora bien; para que esta cosa muy necesaria, vendida a cuarto, me deje un cuarto de ganancia, yo necesito: 1.º, que no me cueste nada: 2.º, poder llevarla a todos los untonos de la Tierra, sin gastos de conducción de transporte; y 3.º, cobrar todos y cada uno de esos cuartos sin descuento ni quebranto alguno. Por consiguiente, mi mercancía no ha de ser física: ha de ser moral.- Siendo moral, no me cuesta nada el adquirirla, ni el transportarla, y logro al mismo tiempo simplificar la cobranza de tal manera, que con hacer cuatro grandes viajes (cosa que deseo muchísimo) a las cuatro partes del mundo que aun no conozco, habré cobrado los cien millones...- Me explicaré.

Supongamos que digo a los habitantes del Planeta: «Señores: yo soy adivino. Yo sé qué día va a acabarse el mundo; y la prueba de que lo sé, es esta, y esta, y la otra... Sin embargo, yo no se lo diré a nadie, a menos que cada habitante de la tierra me pague cuatro maravedís adelantados. ¿Quién, por un cuarto, no quiere saber con anticipación la terrible fecha del día del Juicio? -Pues bien: vosotros, europeos, mandaréis ese cuarto a Madrid, calle de tal, número tantos, para lo cual podéis reuniros por Municipios, enviar vuestro contingente a las capitales de provincia, de las capitales de provincia a las metrópolis y de las

metrópolis a mi casa; o bien podrá partir la iniciativa de los Gobiernos, adelantándose cada uno la cantidad que corresponda a su Nación, con arreglo a los habitantes que ésta cuente, imponiendo luego una captación de a cuarto por persona, o inventando un arbitrio nuevo sobre cualquier operación inocente e imprescindible de la vida.- Vosotros, africanos, haréis lo mismo en Ceuta; vosotros, asiáticos, podréis reunir vuestra cuota en Bombay; vosotros, americanos, en la Habana; y vosotros, habitantes de la Oceanía, girad sobre Manila, que es ciudad española.»

Esto diría yo a los habitantes de la Tierra.

Con el contingente de Europa, que, según te he indicado, podría cobrar en mi casa, emprendería el viaje a Ceuta, a Cuba, a Filipinas y a la India, y al cabo de un par de años me encontraría poseedor de todo mi dinero y autor de un viaje de circunvalación.- Entonces, ocurriría una de dos cosas: o ya se les habría olvidado a todos que me habían dado la despreciable cantidad de un cuarto, o yo diría para cumplir: «El mundo se acaba dentro de dos siglos.» ¡Y que fueran a buscarme al terminar el plazo!- Queda, pues, reducida la dificultad a probar y hacer creer que soy adivino.

- Eso es fácil...- murmuró Pepe con acento filosófico.

- ¡Y tan fácil!- repliqué yo.

- La dificultad...- prosiguió mi amigo aún más filosóficamente;- la dificultad consiste en otras muchas cosas.

- ¿En qué cosas?

- Primeramente en la concurrencia, o sea en la competencia.- Tan luego como tú echases a volar el anuncio o reclamo, y vieses tus prójimos que el negocio prometía, en cada ciudad del mundo aparecería un prospecto ofreciendo una edición económica de tu noticia: es decir, que los kurdos, los mongoles, los japoneses, los hotentotes, los franceses, los italianos, todos y cada uno de los pueblos a quienes pidieras el cuarto, darían de sí un industrial que ofreciese revelar el día del fin del mundo por un ochavo, o sea con un 50 por 100 de rebaja. En segundo lugar, muchos pueblos del globo no tienen todavía moneda. En tercer lugar, carecen de periódicos y demás medios de publicidad; de modo que tu proyecto tardaría cuarenta o cincuenta años en llegar a conocimiento de todos los hombres. En cuarto, lugar, para entenderte con el género humano entero, necesitarías poseer todos los idiomas del mundo, o buscar personas que los poseyeran, lo cual es prácticamente imposible. En quinto lugar, como tú no tendrías medios de declarar la guerra a la Nación que te estafase, resultaría que muchos Gobiernos, sobre todo en los pueblos incultos, harían la cobranza y se comerían tu sangre, como el otro que dice. En sexto lugar...

- ¡No te canses, Pepe!- interrumpí yo.- Estoy convencido. ¡Ni un

hombre, ni todo el género humano me darán los cien millones! ¡El hombre, o sea el inglés, será sordo a mis argumentos! ¡La Humanidad, hostil a mis intereses! ¡Oh! ¿Dónde está la familia humana? Si todos los pueblos de la tierra hablasen una misma lengua y tuviesen tratados aduaneros mancomunados, o lo que sería mejor, no tuviesen aduanas; si en todas partes fuesen iguales los pesos, las medidas, la moneda, las costumbres, la forma de gobierno, las modas y las creencias, ¡qué especulaciones tan grandes, qué negocios tan gigantescos podrían hacerse! ¡Desde luego, yo les sacaría sin sentir a los hijos de Adán esos cien millones de reales!

- IV -

Ahí tenéis los dos únicos medios que se me han ocurrido en toda mi vida para lograr la susodicha cantidad.- Ambos han sido declarados ineficaces por personas competentes; y yo, aunque no convencido del todo ni de la competencia de éstos ni de la ineficacia de aquéllos, la verdad es que he renunciado a ponerlos en planta.- ¡Graduad mi desesperación!

Sin embargo, como el que no se contenta es porque no quiere, heme dedicado últimamente a buscar dentro de mí mismo la equivalencia de esa cantidad, y dentro de mi mismo la he encontrado...

¿Qué no encontrará el hombre en su corazón o en su cabeza, en sus sentimientos o en su fantasía, si sabe sondearlos?

El alma humana es un reflejo del infinito, y hasta quizá el infinito mismo. El alma es como una reducción fotográfica de la Creación y en ella están condensadas todas las obras de Dios; pero tan condensadas, que a primera vista sólo vemos un punto negro. Un punto negro es también el mundo exterior, cuando lo velan las tinieblas, y dentro de ese punto están comprendidas, sin embargo, todas las cosas. Sólo falta un rayo de luz que disipe las sombras, para que las cosas se esclarezcan y el punto se convierta en el universo. Y para que la reducción fotográfica de nuestro espíritu descubra todos los tesoros que guarda, basta que le apliquemos el vidrio de aumento de la fe o de la inspiración. Tienen ojos y no ven, dice el Evangelio.

¡Sí! ¡yo he encontrado dentro de mí, en los bolsillos de mi imaginación, esos cien millones de reales!

¿De qué manera?- De una manera muy sencilla, que está al alcance de todos: dedicándome en cuerpo y alma a hacer castillos en el aire, como los muchachos de trece años; partiendo del principio, o sea del punto matemático, de que poseo los cien millones, y poniéndome a pensar muy seriamente, durante muchas horas seguidas, en las cosas que yo haría con ese dinero.

A este fin me acuesto al ponerse el sol; apago la vela; meto la cabeza entre las almohadas, y me estoy así (procurando no dormirme) hasta la madrugada del día siguiente, que me duermo... y sigo soñando que soy millonario.



Todo este tiempo, que equivale a la mitad de mi vida, lo paso disfrutando con la imaginación los placeres de la riqueza, bien esté despierto, bien esté dormido.

Nada falta a mi ilusión. Yo toco el oro; yo veo los billetes de Banco; yo giro letras sobre las primeras casas de Europa; yo recorro mis fincas; yo taso mis coches, mis cuadros, mis muebles, mis libros, mis estatuas, mis caballos, mis músicos, mis bufones, mis caridades, mis placeres, todos mis gastos; yo soy rico, en fin, y pienso en lo que piensan los más opulentos; y duermo poco, como a ellos les acontece.

- Si yo tuviera cien millones...- me digo cien veces cada velada.- Si yo tuviera cien millones, compraría esto, lo otro y lo de más allá; echaría por este camino, evitaría el otro; viviría de tal suerte; pensaría en tal sentido, etc., etc., etc., etc., etc., etc.

Y es la verdad que, en esta fantasmagoría, pasa ante mis ojos la vida entera; formo mil novelas en la imaginación, hago la crítica de todos los afectos, de todas las personas, de todas las virtudes, de todos los vicios; desentraño cuestiones muy profundas de moral, de filosofía, de gobierno, de arte, de economía..., y todo sin intención de ello, como quien lee libros en un idioma que no comprende.

Quizá algún día escriba muchos volúmenes, con el mismo título del presente artículo. En ellos referiré todas mis cavilaciones de una de estas noches fantásticas, y enumeraré las cosas portentosas que haría yo en el mundo, si tuviese cien millones de reales...

Desde ahora hasta entonces, salud... y acostarse temprano.

Madrid, Junio de 1859.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

